

## XII

Diez días después de su primera visita á casa de la señora de Tourves, el comisario de policía, á quien había llamado dicha señora, recibió la siguiente carta:

«Señor:

»No sólo habéis reconocido la inocencia de los criados de los señores de Tourves, sino que habéis podido comprobar que ninguna persona extraña había entrado en el hotel á la hora en que pudo cometerse el robo. Sin embargo, el robo se ha hecho, eso es evidente, y tenéis gran interés en descubrir al autor. Sea, pues, permitido á una persona absolutamente desinteresada, pero deseosa de ayudar á la justicia, que emita su parecer.

»¿No podría entrarse al domicilio de la marquesa de algún modo distinto de las entradas ordinarias? ¿No podría haber algún camino que ella misma ignorase, que diese acceso á sus habitaciones particulares? Quien os escribe recuerda que antiguamente las casas que tienen los números 30 y 32 tenían comunicación entre sí. La del 32 fué demolida y ha sido reemplazada por el hotel de Tourves. Pero ¿ha sido bien tapiada la comunicación? ¿Hay algún muro que reemplace á la puerta que antes había?

»Creo que al hacerse el nuevo edificio que ocupan los marqueses, se dejó la puerta de comunicación, con objeto de unir con facilidad las habitaciones del primer piso con las de la casa contigua, si alguna vez á los dueños les hiciese falta.

»Esta puerta debe haber quedado oculta después con las maderas que cubren

las paredes del tocador de la marquesa, y ha sido olvidada de todo el mundo. Sin embargo, cualquier individuo que viviese en el número 30 puede haberlo recordado, aprovecharse de ello para penetrar en el hotel y entregarse al saqueo. Entrego esta idea á vuestra reflexión por si os sirve de algo.»

Por firma se leía:

«Un inquilino antiguo del núm. 32.»

La policía puede no hacer caso de cartas anónimas; pero no tiene el derecho de hacerlo así cuando se trata de la seguridad pública. La mayor parte de las denuncias dirigidas á la prefectura no están firmadas, y muchas veces una detención inesperada, se debe á cualquier amigo falso, cuyo apellido no se sabe nunca.

Los comisarios, sin embargo, obran con discreción: si la carta anónima les ha

sido enviada directamente por algún tribunal, la consideran como oficial, y aprovechan sin tardanza, para no dar el golpe en vano, los informes que contiene. Si, por el contrario, les es dirigida personalmente una carta sin firma, dan orden de hacer alguna pesquisa, y se ponen en campaña cuando por noticias que han adquirido, creen que contiene algo utilizable.

Al recibir las líneas copiadas más arriba, y á pesar del interés particular que tenía en el asunto, el comisario de policía no se creyó en el caso de salir de su reserva habitual. Se encargó él mismo de adquirir los informes necesarios y se dedicó á ello sin tardanza. La carta había sido echada al correo á hora conveniente para que llegase á sus manos en la primera repartición; al medio día sabía que los números 30 y 32 habían sido antes de un mismo dueño, como le decían, y que

podría haber entre éstos alguna comunicación.

A las dos, seguido de su secretario, se dirigió al número 30. Carmen, en acecho desde por la mañana, se felicitó de la prisa que se daban por causa de su carta y de la hora escogida para dedicarse á hacer las pesquisas indicadas. En efecto, había visto salir al conde de Sanneteyre, y la marquesa estaba de paseo con su marido en el Bosque, y no volvería á su casa hasta las cinco. Por un lado, el comisario tenía tiempo suficiente para hacer descubrimientos importantes, y, por otro, Carmen haría que la aventura se divulgase mucho.

Empezó por llamar á una criada, y después de haberle transmitido las órdenes que la marquesa la había dado al marcharse, añadió:

—¿Qué ocurre en la casa inmediata?

Se oye ruido de voces; parece que riñen. Me ha parecido también que ha pasado ahora mismo por delante del hotel el comisario de policía que vino aquí á interrogarnos. ¿Estará el ladrón en el número 30?

Como esperaba, antes de diez minutos de haber dicho estas palabras, repetidas inmediatamente de boca en boca, los criados, alerta siempre desde la desaparición del collar de perlas, dejaron sus ocupaciones y se dividieron en dos secciones; los unos fueron en busca de noticias al número 30, los otros se introdujeron en las habitaciones particulares de su señora, para tratar de oír el ruido de que hablaba la señorita Carmen.

Trabajo inútil; no se oía nada, absolutamente nada, pero no tardarían mucho en ver.

El comisario de policía llamó á la puer-

ta del conde de Sanneteyre; salió á abrir un criado. Era uno de esos antiguos sirvientes, cuya raza desaparece por momentos, que han nacido en la casa, que han conocido á sus amos siendo niños, que no se habían separado nunca de él, y que á él estaban entregados en cuerpo y alma, poseen sus secretos y no les hacen traición por nada del mundo.

—¿Está visible el señor conde?—preguntó el comisario de policía.

—No señor, ha salido.

—¿Vendrá pronto?

—No creo que venga hasta por la noche; pasará el día en el campo.

—Lo siento, porque no puedo esperar su vuelta y me veo obligado á proceder inmediatamente.

—¿Qué quiere decir el señor?—preguntó el doméstico con inquietud.

—Deseo que me conduzcáis á la pieza

medianera con el hotel de la marquesa de Tourves. Id delante y enseñadme el camino.

—No puedo introducir á ninguna persona extraña en casa de mi amo. No os conozco.

—Soy el comisario de policía; obedecedme.

En vez de hacerlo, empezó á temblar. Estaba al corriente, sin duda, de las relaciones del conde; adivinaba el peligro de que el conde y la marquesa se veían amenazados si la policía hacía algún registro en aquellas habitaciones y descubría la puerta de comunicación.

El comisario, preocupado tan sólo de encontrar al ladrón, por hallarse bajo la impresión de la hábil carta que había recibido, no sospechaba que hubiese nada entre el conde y la de Tourves; pero no pudo por menos que concebir sospechas

contra aquel doméstico rebelde á sus órdenes.

Quiso apartarle á un lado y pasar.

El criado hizo resistencia.

Entonces el comisario le enseñó sus insignias y le mandó que dejase el paso libre. El antiguo criado perdió la cabeza, olvidó el peligro á que su resistencia podía exponerle, y decidido á no dejar penetrar á nadie en el domicilio de su señor, se puso á la defensiva.

El comisario no quiso empeñar una lucha corporal; dijo una palabra al oído del secretario, que bajó los escalones de cuatro en cuatro.

Había recibido orden de que hiciese venir á los agentes, cosa tanto más fácil, cuanto que muchos habíanse ya colocado delante del número 30 atraídos por el grupo compacto de gentes que se había formado á la puerta de dicha casa.

Los agentes entraron al momento en la casa y fueron causa de que la atención pública aumentase.

Al mismo tiempo, algunas personas conocidas de la señora de Tourves, que pasaban por la calle, á pie ó en carruaje, vieron aquella muchedumbre parada delante de su hotel, se detuvieron y preguntaron noticias. Unas esperaban fuera para tener noticias exactas y prontas, otras entraron en casa de la marquesa á ofrecerla sus servicios. Como no estaba en su casa, Carmen las recibía y las hacía entrar al tocador de su señora.

De este modo les proporcionaba los mejores sitios en caso de que se alzase el telón y asistiesen á la representación de una escena altamente dramática.

Durante ese tiempo, los agentes llamados por el comisario habían imposibilitado al criado de Sanneteyre de hacer resis-

CECILIA ALFONSO  
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

tencia, y viendo delante de sí el camino libre, el comisario entró en la habitación que deseaba examinar.

### XIII

El comisario de policía, después de atravesar varias habitaciones, se encontró bien pronto en un cuarto cuyo aspecto debiera haberle hecho reflexionar, si preocupándose menos del robo cuyo autor no podía encontrar, hubiese estudiado atentamente ciertos detalles del mueblaje. En cualquier otra situación hubiese dicho para su fuero interno que el cuarto del conde de Sanneteyre era demasiado elegante para un hombre; que debía servir de asilo á alguna linda pecadora que ocultase allí sus misteriosos amores.

Entonces se hubiesen disipado las tinieblas de su mente, se hubiese hecho la luz; hubiese vacilado en hacer que una profana mano tocase aquellas paredes, confidentes de dulces secretos y en ocuparse de un robo en aquel templo dedicado á Venus.

He aquí, según Carmen Lelievre, la descripción exacta de la pieza que en el cuarto que ocupaba el conde Sanneteyre estaba contigua al tocador de la marquesa de Tourves y estaba separada de él tan sólo por un estrecho corredor ó pasadizo y dos puertas, una abierta en el cuarto del conde, y la otra oculta en el maderamen que recubría las paredes del tocador de la marquesa.

Los muros y el techo de la pieza de que hablamos estaban cubiertos de raso de color rosa de China, con botones de raso negro. La cama, que no pertenecía á nin-